

2

Marzo 2024

ENTRE-VISTAS

REVISTA CUATRIMESTRAL DE ARTE Y CULTURA

Museo Histórico Gabriel González Videla



**Discusiones en
torno al patrimonio
cultural y los
problemas que lo
amenazan.**

Rafael Contreras
Mühlenbrock

**Conversaciones con
Irma Rojas, Otilia
Espejo y Fernando
del Río.**

Rodrigo Iribarren Avilés

**Semblanzas de
Carlos Carvajal
Miranda.**

Pablo Schaffhauser
Muñoz





Integrante de Baile Chino. Fotografía: Ricardo General.

- 03 **DISCUSIONES EN TORNO AL PATRIMONIO CULTURAL Y LOS
PROBLEMAS QUE LO AMENAZAN.**
POR RAFAEL CONTRERAS MÜHLENBROCK.
- 15 **CONVERSACIONES CON IRMA ROJAS.** POR RODRIGO IRIBARREN
AVILÉS.
- 17 **YO SOY FERNANDO DEL RÍO VARELA.** POR RODRIGO IRIBARREN
AVILÉS.
- 27 **CONVERSACIONES CON OTILIA ESPEJO.** POR RODRIGO IRIBARREN
AVILÉS.
- 30 **SEMBLANZAS DE CARLOS CARVAJAL MIRANDA.** POR PABLO
SCHAFFHAUSER MUÑOZ.

DISCUSIONES EN TORNO AL PATRIMONIO CULTURAL Y LOS PROBLEMAS QUE LO AMENAZAN

Por Rafael Contreras Mühlenbrock [1]



Baile Chino de Valle Hermoso de La Ligua en la fiesta de Andacollo de 2017. Fotografía: Manuel Morales Requena.

En las últimas décadas se han vuelto comunes una serie de categorías y conceptos que se vuelven parte del lenguaje cotidiano de una serie de actores e instituciones que se desenvuelven en el ámbito de la cultura. Uno de los que más fuerza ha tomado es el concepto de patrimonio cultural, especialmente por su aporte a la valoración de aquellos saberes culturales, prácticas sociales, tradiciones, materialidades y espacios naturales que ayudan a definir nuestra identidad e historia.

En este documento que se publica en EntreVistas, espacio de difusión del Museo Histórico Gabriel González Videla de La Serena, quiero reflexionar sobre aspectos que tocan al patrimonio cultural [2]. Primero, esbozaré una definición que entienda al patrimonio cultural más como proceso que como producto o elemento, planteando algunas ideas que considero relevantes para entender qué es, en qué consiste y cómo se expresa el patrimonio. En segundo lugar, reviso algunos de los problemas que amenazan su preservación, especialmente en los espacios locales y rurales. En una tercera sección dispongo ideas para valorar y conservar el patrimonio cultural.

El patrimonio cultural: una definición preliminar

Para iniciar una conversación social sobre el patrimonio cultural es quizá necesario aplicar un principio pedagógico: partir por lo que más se conoce, para desde ahí aproximarse poco a poco a lo que se desconoce, aunque cumplir esta regla supone, a veces, tener que apelar más al sentido común que a la rigurosidad académica. Atendidas las excusas, el concepto de patrimonio cultural es primo hermano de otros que han emergido antes y que nos resuenan más, como es el caso del folclor, la cultura tradicional, la cultura popular o la cultura rural. De esto se colige que, al menos a nivel latinoamericano, estas nociones se han vinculado siempre a los pueblos indígenas, al mundo afrodescendiente y a la tradición hispana.

Sea como fuere el surgimiento del concepto, el patrimonio cultural ha adquirido en las últimas décadas cada vez más importancia para los procesos de desarrollo local. Esto, entre múltiples razones, porque permite construir valor social en torno al reconocimiento de las propias prácticas sociales, tradiciones culturales y sabiduría local, cuestiones que contribuyen a la creatividad y diversidad cultural. Otra razón reside en que el patrimonio cultural permite identificar elementos, bienes y lugares de importancia histórica y cultural que pasan a ser recursos fundamentales para el desarrollo, en especial en los ámbitos educativos, culturales y del fomento productivo mediante el turismo.

[1] Antropólogo e historiador. Doctor (c) en Historia por la Universidad de Concepción, desarrollando su tesis doctoral sobre la historia de los bailes chinos de Andacollo. Becario de la Agencia Nacional de Investigación y Desarrollo ANID. Dirige Kamayok Ediciones, instancia especializada en la publicación de investigaciones en ciencias sociales, humanidades y patrimonio cultural. Trabaja en la Municipalidad de Río Hurtado en el Programa para Pequeñas Localidades del Ministerio de Vivienda y Urbanismo.

[2] Este escrito fue confeccionado a partir de una charla dictada a los profesores de la comuna de Río Hurtado el jueves 12 de octubre de 2023 con ocasión del "Día del educador y la educadora".

Pero, llegados a este punto, surge la pregunta, ¿qué es el patrimonio? Intentar una primera definición supone asumir que hay uno de tipo natural y otro que remite a las dimensiones materiales e inmateriales de la cultura. Si bien la naturaleza, la cultura material y lo inmaterial interaccionan como parte de un fenómeno más complejo —la vida en general, y la vida social en particular—, las separaciones conceptuales son sólo un intento de simplificación conducente a la explicación de la realidad. Dicha categorización es parte de un proceso analítico–descriptivo que permite entender y actuar sobre la realidad, donde dichas dimensiones están necesariamente vinculadas entre sí. [3]

Hecha esta precisión, a la vez fenomenológica y epistemológica, podemos decir que el patrimonio natural está compuesto de espacios, lugares o recursos de la naturaleza que, en vista de su valor, deben ser protegidos y preservados para su disfrute actual y futuro. Ejemplo de esto son los espacios naturales que cuentan con protección oficial, como parques, reservas, áreas silvestres o monumentos, que disponen de marcos legales y normativos que regulan su uso, usufructo y conservación. También se incluyen espacios geográficos de significación cultural —un río, la cordillera andina, un paisaje—, así como, en general, cualquier espacio natural que algún grupo social valore y proteja de forma autónoma, tenga o no protección oficial, como pueden ser los humedales del litoral marino, activamente protegidos y cuidados por ambientalistas y comunidades costeras. Si bien muy relevante, este tipo de patrimonio natural no es el foco de atención de este documento, donde nos convoca el patrimonio vinculado a la cultura.



Zona de Olla de Caldera, provincia de Elqui Región de Coquimbo.
Fotografía: Cristian Campos (2021).

[3] No existe tradición cultural que no se manifieste en un espacio geográfico y natural determinado, y que no requiera de algún tipo de materialidad para su expresión. El mejor ejemplo lo constituyen algunos productos típicos de la región, como el queso de cabra, el que para ser producido requiere de sabiduría, herramientas, insumos y ganado, pero que no se entiende sino como parte de un sistema de vida rural de montaña, la cual se desarrolla desde la época de la monarquía hispánica, o periodo colonial, en un determinado espacio geográfico conocido como secano del actual Norte Chico. Separamos la realidad para describirla y analizarla, pero ésta se un todo complejo, que primero debemos comprender para luego poder intervenirla con éxito, lo que vale, también, para el trabajo de gestión del patrimonio cultural.

El patrimonio es uno, pero en el ámbito de la cultura se expresa bajo una doble dimensión: el patrimonio cultural material (PCM) y el patrimonio cultural inmaterial (PCI). Entre el PCM encontramos materialidades arqueológicas como el arte rupestre, sitios habitacionales y funerarios, donde destaca a nivel regional la tan preciada y admirada cerámica indígena de los pueblos Molle y Diaguita. Pero también son patrimonio aquellos espacios donde los grupos humanos prehistóricos dejaban sus basuras y desperdicios, como es el caso de los conchales en el litoral marino, puesto que aportan ingente información para conocer el pasado. También son patrimonio los productos materiales que se generan en la actualidad, como las artesanías, las herramientas y tecnologías de los procesos productivos, entre otros.

Otro caso lo representa la arquitectura, sea de las ciudades como de pequeños poblados rurales. En este sentido, no sólo las casas de grandes familias o las iglesias catedrales tienen el carácter de patrimonio, sino que también las líneas o estilos arquitectónicos de las zonas rurales, donde destacan las casas con fachadas continuas, infraestructura productiva como bodegas, edificios públicos, casonas patronales y templos religiosos católicos. En este último caso, destacan a nivel regional aquellas que son parte de la Ruta de Iglesias Patrimoniales, política pública impulsada por la Dirección Regional de Arquitectura del Ministerio de Obras Públicas, con el apoyo del Servicio Nacional del Patrimonio y el Consejo de Monumentos Nacionales, y que ha identificado y puesto en valor una serie de templos, los que han sido protegidos como monumentos nacionales históricos o inmuebles de conservación histórica.

Hasta ahí con algunos ejemplos de la dimensión material del patrimonio cultural. En cuanto al PCI, la definición más consensuada en Chile es la que aporta la Convención para la Salvaguardia del Patrimonio Cultural Inmaterial de la Organización de Naciones Unidas para la Educación, la Ciencia y la Cultura (Unesco), elaborada en 2003 y suscrita por Chile en 2008 y ratificada en 2009. Allí se sostiene que el PCI incluye un abanico amplio de saberes culturales, prácticas sociales, tradiciones y costumbres de la vida social, como serían cosmovisiones, formas de pensamiento y sistemas de conocimiento local; prácticas productivas y tecnologías; creencias y prácticas religiosas; músicas y poéticas; tradiciones orales, culinarias y usos de la naturaleza; entre otros aspectos.

Más allá de lo omni-abarcativo de dicha definición, permite dar cuenta que el patrimonio es más un proceso que un elemento cultural. ¿Por qué? Porque un rito, un juego o un procedimiento productivo no es “naturalmente” un patrimonio, no es algo dado, sino que más bien cada patrimonio es una elección social que logra consolidarse y encontrar consenso en la sociedad. Un elemento cultural es considerado patrimonio luego de ser definido, valorado y distinguido como tal a partir de su supuesta importancia para la historia, la memoria común y la vida actual de un colectivo o grupo social, una comunidad, un pueblo, un país, o toda la humanidad. En síntesis, siempre la definición de un elemento cultural como PCI es intencionada y activada por algún agente, sea la propia comunidad, las instituciones públicas o los actores privados, los que se mueven según intereses disímiles e, incluso, muchas veces contradictorios.

[4] En esta última escala destacan los instrumentos multilaterales sobre PCI que impulsa Unesco, donde sobresale la Lista Representativa de Patrimonio Cultural Inmaterial de la Humanidad, en la que desde 2014 están incluidos los bailes chinos tradicionales, de flauta y tambor, que tienen su origen histórico en torno al culto y la fiesta de la Virgen de Andacollo, región de Coquimbo.

ENTRE-VISTAS #2

Asumido este carácter multidimensional del patrimonio cultural, esto es, material e inmaterial a la vez que vinculado al medio natural, es importante comprender que, en tanto hecho social, el patrimonio cultural puede definirse como el resultado de un doble proceso de intervención sobre la realidad social. Primero, corresponde a una identificación y valoración de elementos de la vida social y cultural que en el presente se consideran importantes. En segundo lugar, constituye una operación de diferenciación cultural, puesto que cuando distinguimos algo como valioso, lo hacemos diferenciándolo de otras cuestiones que consideramos que no lo son tanto. El patrimonio cultural es, entonces, el resultado de acciones contemporáneas que un grupo hace para, primero, valorar culturalmente algo surgido en el pasado y que se ha desarrollado y acompañado hasta el presente, para, luego, diferenciarlo y distinguirlo de otras cosas.



*Virgen peregrina llegando al río Pedernal, en el interior de la comuna de Petorca.
Fotografía: Manuel Morales Requena. Libro Alta Esfera (Santiago: Mucam 2017).*

Entendido el patrimonio de esta forma, se lo puede interpretar sobre todo como un acto de poder. ¿Por qué? Porque, como se dice comúnmente, el poder puede. Esto significa, en este caso, que un determinado grupo de actores sociales tiene la fuerza para definir qué elementos culturales, materialidades o lugares tienen mayor valor e importancia para una comunidad, grupo, pueblo, país o la humanidad en su conjunto, y, por defecto, cuáles no lo tienen. Este mecanismo se llama patrimonialización, por eso sostuvimos más arriba que el patrimonio no es “patrimonio en sí”, no está dado naturalmente, no nos tropezamos con él mientras caminamos. Es, más bien, una construcción social, la manifestación de un cierto poder que algunos grupos ejercen sobre la realidad cultural para nombrarla, y con ello amoldarla. Pues, nombrar como patrimonio supone, al menos, el tener poder de nombrar. Y quien nombra es quien tiene poder de crear realidades: se nombra una cosa de tal o cual manera porque se tiene el poder para eso. Aquí se trata, en síntesis, del poder nombrar al patrimonio como tal.

Identificar y nombrar supone activar e intencionar una valoración y distinción cultural que antes no existía, pues se define qué tiene valor y sobre qué opera una distinción. Pero, ¿quién impulsa estos procesos de patrimonialización? Aquellos que tienen el poder de valorar y distinguir. Precisamente en este punto es que el concepto de patrimonio politiza los contextos locales, pues ha resultado clave para aquellos grupos locales que históricamente han carecido del poder para nombrar la realidad, y cambiarla. Tal es el caso de los sectores populares e indígenas, tanto del campo como de la ciudad, protagonistas de muchos de la patrimonialización llevada a cabo en las últimas décadas.

¿Cómo ha sucedido esto? ¿Qué pasó? La historia oficial de la nación, tanto la liberal como la conservadora, posicionaron los íconos políticos y militares como sustento de la historia del país. Héroes y próceres masculinos como principal patrimonio de la república, nos repetían los libros escolares. Por eso los nombres de calles, plazas y monumentos públicos. De ahí los guiones museográficos que glorifican a estos “padres de la patria”. Durante décadas, incluso siglos, esa pétrea concepción cultural no logró ser penetrada por la cultura tradicional o la cultura popular, sino sólo como parodia de un folclor sin fondo ni carne. El tema es que, mediante la noción de PCI, la cultura popular, rural, tradicional e indígena ha podido permear y penetrar el imaginario de la cultura nacional. Y ha obrado el milagro de poner arriba y adentro lo que estaba abajo, al margen y afuera.

Esto no es sólo un decir, sino que una constatación de datos de las realidades locales, donde la mayor parte de espacios culturales y museográficos son privados y comunitarios, además de la institucionalidad cultural. El PCI reconocido y protegido oficialmente por el Estado es inscrito en un Registro Nacional y un Inventario Nacional administrados por la Subdirección de PCI del Servicio Nacional de Patrimonio Cultural, y cuya información es pública y puede obtenerse en la plataforma del SIGPA: www.sigpa.cl De la revisión de esas listas oficiales, hasta el año 2021 se podía apreciar que en el Registro Nacional había inscritos veintiocho elementos culturales asociados a distintos pueblos indígenas del país, lo que representaba dos terceras partes del total de elementos registrados a dicha fecha, que eran cuarenta y dos. En el caso del Inventario Nacional, de diecinueve elementos culturales inscritos eran catorce los que podían asociarse a tradiciones de pueblos indígenas, representando a tres cuartas partes del total. O sea, la mayor parte de los elementos culturales patrimonializados del país se vinculan a tradiciones indígenas, siendo, además, fundamentalmente rurales y populares.

Hasta hace sólo unas décadas, nadie habría pensado que el Estado iba a valorar y distinguir aquello que históricamente perseguía y condenaba como atraso y limitación: la cultura popular, la cultura tradicional, las costumbres indígenas. Es histórica la condena del juego de la chueca y las carreras de caballo, o de prácticas devocionales populares que se daban en fiestas y celebraciones de la región, como los bailes chinos y el canto de angelito. Se perseguían también algunos oficios considerados controvertidos, como el de arrieros y baqueanos, o la producción artesanal de licores como el vino, aguardiente y pisco. Muchas fueron las costumbres condenadas, prohibidas y perseguidas hasta no hace tanto. Hoy fulguran algunas como patrimonio cultural. Son las idas y vueltas de la realidad, del poder, y de sus reconfiguraciones.

¿Cómo es que ocurrió esto? Porque la patrimonialización, entendida como un proceso de activación cultural, es un acto de poder que se desarrolla desde dos lugares: arriba y abajo. Desde arriba actúan las instituciones nacionales, subnacionales y locales, con políticas públicas, estrategias, planes, programas y proyectos, a los que se suman los actores privados, especialmente empresarios turísticos de gran envergadura. La patrimonialización que actúa desde abajo es la impulsada por las propias comunidades locales, organizaciones sociales, escuelas o las acciones que empujan los ciudadanos para reconocer y proteger lugares o tradiciones.

Entonces, el patrimonio, sobre todo aquel que ha sido valorado y distinguido desde abajo, posiciona y distingue aquellos elementos, materialidades y lugares que la historia oficial ha silenciado o negado. ¿Por qué? Primero y fundamentalmente, porque se mueve en espacios locales que no son centrales para la historia oficial. Su sola posición periférica hace que aspectos marginados entren al relato oficial y nacional, para qué decir de los discursos globales. Reivindicar la cultura local, y entender que existen muchas otras culturas locales, válidas todas, permite hacer frente tanto a la homogeneidad cultural globalizadora, como a la contraparte que representan los nacionalismos de diverso cuño, que son casi siempre reaccionarios y conservadores.

Algunos problemas que amenazan al patrimonio cultural

Hasta ahora la reflexión ha sido sobre qué es, en qué consiste y cómo se expresa el patrimonio cultural. Planteo que es resultado de una operación intencionada de parte de distintos actores, que buscan diferenciar y otorgar valor a algunos elementos culturales, materialidades y lugares, en desmedro de otros, operación que acabamos de detallar. Además, este conjunto de elementos valorados y distinguidos son expresiones de una forma de vida cultural particular, por lo que el patrimonio no es un objeto o una mera simbolización, con sentidos culturales autocontenidos y sin contexto, sino que es parte de la vida social y se relaciona con sus diferentes ámbitos.

Es en vista de esto que los principales problemas que amenazan la preservación del patrimonio cultural son aquellos que comprometen los modos de vida de las distintas poblaciones que han valorado y distinguido aquello que ha sido patrimonializado. Y lo que sin duda más compromete una forma de vida es el desconocimiento, la apatía, la desidia, actitudes que llevan al descuido y el abandono. Pero no sólo es grave la desatención de autoridades e instituciones, que tienen la principal responsabilidad. El problema es mayor cuando son las propias comunidades las que desconocen y dejan de valorar lo propio, de estudiarlo, de sorprenderse. Cuando la realidad local no es conocida, reconocida y valorada, por ejemplo, por la escuela, es difícil que la población local promueva y proteja su patrimonio local. Algo similar ocurre cuando los propios ciudadanos, influenciados por discursos propagados por décadas, valoran poco, o derechamente desprecian, un conjunto de manifestaciones y expresiones culturales que podríamos llamar indígenas, populares o campesinas, a las que los discursos oficiales han tachado como signos de “atraso social”, o de “desarrollo frustrado”, excluyéndolas injustamente de la identidad nacional.



Dina Cortés utilizando el tejido inclinado en un telar de palo plantado, artesana de Tulahuén, comuna Monte Patria provincia de Limarí, región de Coquimbo. Fotografía: Nancy Iriarte.

Una amenaza seria para el patrimonio natural y el patrimonio cultural material, con y sin protección oficial, son las acciones de excavación, extracción y saqueo que realizan personas que desconocen el valor cultural y el potencial para el desarrollo económico que tienen las riquezas geológicas, paleontológicas, paleobotánicas y arqueológicas, además de la importancia de estos patrimonios para la historia e identidad local. Es por ello de suma importancia que exista no sólo un marco legal e institucional que proteja de forma efectiva este patrimonio, sino que sobre todo presupuesto para concretar dichos planes, pues, como dice el refrán, lo que no está en el presupuesto no existe.

Otro riesgo lo constituyen los fenómenos naturales de alto impacto, como las sequías, los terremotos, las lluvias intensas o las inundaciones, especialmente cuando estos eventos ocurren en ausencia de una correcta predicción científica y/o la falta de una previsión política oportuna, lo que transforma a estos sucesos en desastres que afectan casi siempre de forma irremediable el patrimonio natural y cultural.

En el caso de la arquitectura local de los poblados rurales, existe insuficiente reparación y restauración de las edificaciones que presentan un estilo constructivo de tipo tradicional, especialmente las fachadas continuas de los sectores céntricos de los poblados, donde destacan también las iglesias de adobe. Estos edificios patrimoniales también se deterioran, en gran medida, porque han muerto muchos de los que practicaban el oficio de restauración, no existiendo el recambio oportuno de jóvenes constructores. Se pierden, así, conocimientos y técnicas de construcción y reparación con materiales vernaculares como el barro, el adobe, la madera y la piedra. Además, se observa una ausencia de políticas públicas orientadas a conservar y preservar esta arquitectura tradicional de la ruralidad, previniendo pérdidas o daños irreparables.

Asimismo, una importante amenaza para el patrimonio lo representan los mega proyectos industriales y de extracción de materias primas, que intensifican los procesos de contaminación ambiental y demanda de recursos naturales, profundizan la degradación ambiental, especialmente de agua y suelos, comprometiendo formas de vida tradicionales, rurales e indígenas. Si una comunidad es contaminada, si debe reconvertirse productivamente y/o si debe abandonar su territorio, es también su patrimonio cultural y natural el que se ve amenazado o destruido.

Precisamente por esta razón es que, como ya se dijo antes, lo que compromete las formas de vida de los grupos y pueblos es lo que viene a cuestionar más profundamente la sostenibilidad de cualquier patrimonio, aunque especialmente en su dimensión inmaterial. En este sentido, en los distintos territorios de la ruralidad regional se observan, más allá de sus particularidades, tres amenazas principales al patrimonio cultural.

En primer lugar, se encuentra el crítico contexto demográfico regional, donde hay una caída en los habitantes de la ruralidad en general, pero especialmente de aquellas localidades que se emplazan en las serranías y secano de los valles e interfluvios. Se observa, además, el fenómeno convergente y progresivo de envejecimiento poblacional, con una pirámide poblacional invertida. Esta baja en la población rural de la región, que además envejece, se debe también a factores no demográficos y de larga data, como la transformación de la estructura productiva rural, que promueve la urbanización de la vida local y la migración intra e inter regional por falta de oportunidades adecuadas a los nuevos tiempos. El conjunto de estas situaciones trae aparejada la disminución de jóvenes y adultos que proyecten la cultura en el propio territorio. [5]

Los factores asociados a la transformación económica y productiva son los que en segundo lugar más condicionan el patrimonio cultural de las distintas localidades rurales. Hoy existe una escasa viabilidad económica de la producción rural campesina, sostén material y económico de la mayor parte de los saberes y prácticas patrimonializadas.

En tercer lugar, y condicionando lo productivo, se encuentra la fragilidad socioambiental derivada de variables ambientales que han tomado fuerza en las últimas décadas: la sequía, la escasez hídrica, la desertificación y el calentamiento global. Escenario general de fragilidad socioambiental que incide y desencadena crisis y transformaciones sociales, culturales y económicas que condicionan la vida rural. Por ejemplo, las prácticas productivas agroganaderas se hacen cada día más difíciles en vista de la sequía, la degradación de los suelos y la ausencia de jóvenes para el trabajo.

Entonces, si el ambiente no resiste la carga que supone la vida humana, si tampoco hay posibilidad para la producción rural, si esto redundo en que no haya tanta gente, muy pocos niños y mucha población adulta mayor, entonces, ¿qué pasa? Pasa que la viabilidad de la vida cultural está comprometida porque no hay generación de recambio, no hay niños y niñas que vengán a dar continuidad a la sociedad local, a renovar y recrear la cultura y el patrimonio.

[5] Cabe mencionar que, si bien la migración produce problemas en los sectores rurales, en las ciudades, en cambio, da origen a nuevas manifestaciones que enriquecen la diversidad cultural de la vida urbana. La culinaria, las fiestas tradicionales, las fondas y ramadas, y tantas otras expresiones de origen rural, dan actualmente color a las ciudades.



Danzantes de Baile Chino en la fiesta de Andacollo. Fotografía: Ricardo General Núñez.

¿Qué hacer?

Algunos de los problemas señalados se arrastran desde hace tanto tiempo, y son tan grandes, que pareciera que no podemos hacer nada para enfrentarlos. Pero podemos. De hecho, por ejemplo el estamento docente de la ruralidad lo hace diariamente, en la aplicación de actividades pedagógicas especialmente orientadas a conocer el medio natural y el medio social, los que se adecuan a contenidos y realidades locales.

Si bien no soy docente, me permitiré algunas reflexiones e ideas sobre como los y las docentes de las escuelas rurales pueden contribuir a dar continuidad a la vida en el campo. Lo primero, recordar que la pedagogía es principalmente una labor comunicativa, de interlocución. Esto es así con independencia de la profundidad de los mensajes pedagógicos, pues ya sea que se busque sensibilizar, informar, educar o capacitar, siempre se necesita comunicar para enseñar. ¿Por qué recuerdo esto? Porque el patrimonio, sea para valorarlo, conservarlo, promoverlo o protegerlo de sus amenazas, sobre todo debe ser comunicado, difundido, enseñado. En esto, entonces, le cabe un papel central a la pedagogía, y con ello, a los y las docentes de las escuelas rurales. Además, el rol comunicativo de los docentes facilita el uso del patrimonio en la escuela.

¿Por qué la ruralidad? Porque los amenazantes problemas demográficos, ambientales, productivos y culturales condicionan especialmente la vida social de pequeños poblados rurales de la costa, los valles y el secano regional. ¿Por qué la escuela? Porque en la escuela la comunidad local converge en torno a la educación formal de niños y adolescentes, con quienes se comparten conocimientos, potencian actitudes y promueven conductas y valores orientados al bien común, en todas sus dimensiones. Este trabajo de cohesión social que desarrolla la escuela es, asimismo, una oportunidad para definir participativamente los elementos y lugares que se identifican y distinguen como patrimonio, y cuál es su potencial de desarrollo educativo.

Al iniciar la segunda sección del texto señalé que el desconocimiento y la falta de información es uno de los principales problemas para la puesta en valor del patrimonio. Si no se conoce algo, difícilmente se lo puede valorar, menos conservar y proteger. Entonces, no hay peor riesgo que el desconocimiento. En este sentido, docentes y escuela tienen la potencialidad tremenda de compartir información con la población local sobre los elementos de importancia patrimonial mediante actividades comunitarias, lo que además viene a facilitar espacios de encuentro intergeneracionales y de integración de la escuela en las dinámicas locales.

En este mismo sentido, un aporte principal de los docentes consiste en sensibilizar y estimular en los estudiantes y comunidades rurales una disposición a valorar positivamente el propio contexto cultural y natural, así como entender que igual valor lo tienen también tienen otras culturas locales. Esto permitirá potenciar tanto la identidad, arraigo y pertenencia local, a la vez que reconocer la riqueza de la diversidad y diferencia cultural de todas “las localidades” del mundo global, inmunizando lo más posible de chauvinismos y fanatismos que surgen de los localismos y parroquianismos.

El desafío educativo debiese tender a valorar al conjunto de los conocimientos, expresiones, manifestaciones y lugares de cada localidad, incorporar estas realidades al proceso educativo y potenciar la comprensión de los entornos locales, culturales y naturales. ¿Por qué? Entre otras cosas porque eleva la autoestima de niños y adolescentes de sectores rurales, que ven reconocida su cultura por parte de la escuela, y, con ello, sienten mayor aprecio social. Así, el patrimonio cultural definido desde abajo fortalece el vínculo con aquello que los grupos culturales definen como propio, lo que aporta a la cohesión social y al arraigo local. La función educativa del patrimonio es entonces una tremenda oportunidad para el desarrollo cultural y social.

Por último, son las comunidades las que pueden definir, valorar y distinguir su patrimonio, con independencia de los poderes institucionales. Ahora, sin duda lo más virtuoso será siempre aunar esfuerzos y voluntades para empujar procesos de patrimonialización desde abajo y desde arriba, construyendo poder y objetivos compartidos desde las comunidades y las instituciones, como las escuelas, los municipios y los organismos subnacionales o nacionales. No siempre ocurre así, pero sumar esfuerzos es un punto de partida deseable para el que todos/as deben contribuir.

CONVERSACIONES CON IRMA ROJAS

Por Rodrigo Iribarren Avilés



Irma Rojas. Fotografía: Rodrigo Iribarren Avilés

ENTRE-VISTAS #2

Me considero una lola con 93 años. ¡ Ojalá hubiera aquí otra persona de 90 para echarle una carrerita !.

En ese tiempo se salía a trabajar tan temprano. Como a los diez años ya sabíamos ordeñar vacas, sacarles la leche, hacer los quesos, ya como a los doce años me tiraron sola con el ganado y me hice dueña de casa. Primero íbamos a la cordillera de Campanario, después que llegué al Maqui, cuando tenía como 20 años, empecé a ir a estas cordilleras.

Pasé muchas veces para el lado argentino con animales ya que acá no había pasto. Pasé la mayor parte de las veces por El Colorado y algunas por El Portillo, llegábamos a Valle Hermoso. Llegábamos siempre a las mismas posturas, llevábamos 300-400 cabras y 30 animales grandes entre caballares y mulares. Depende como se portara el año, subíamos a la cordillera en noviembre o diciembre, y cuando, no eran años lluviosos, en mayo estábamos saliendo. En los años malos me iba para el sur, a los cerros para arriba cerca de Los Vilos. Hacíamos muchos quesos. Con ellos pagábamos el talaje de las cabras, los viajes que hacíamos y el alimento también. Llevábamos el trigo majado para hacer los porotos y el loco, el trigo partido para hacer la cazuela. La harina tostada que habíamos hecho en las callanas y en la piedra chancuana. Hacíamos también harina de arvejón y de maíz.



Parroquia de El Maqui, comuna de Monte Patria, Provincia del Limarí, región de Coquimbo. Fotografía: Rodrigo Iribarren Avilés

Yo conocí el molino que tenía don Pedro Oro. En ese tiempo yo vivía en Semita. Cargábamos unos burritos con el trigo y se lo veníamos a dejar a don Pedro. A los tres o cuatro días veníamos a retirar la harina. Nos cobraba maquila.

En ese tiempo se sembraba de todo. Nosotras éramos sembradoras de arvejas, habas, tomates, maíz, trigo. Nosotras éramos agricultoras. El trigo lo sembrábamos, lo cosechábamos, lo llevábamos a la era en carreta y nosotras nos íbamos en los animales. Así teníamos nuestro trigo. Nosotras lazeábamos los bueyes los atracábamos a un palo, hasta que los amansábamos y enyugábamos y también arábamos, hacíamos todo el trabajo de un hombre. Por eso a mí no me queda grande ningún trabajo de hombre. Yo puedo enseñarles a los hombres como se debe trabajar. Éramos 12 hermanos, 8 hermanas y 4 hombres. Trabajábamos todos en lo mismo. En ese tiempo no se iba para el norte, así que nos quedábamos acá nomás. Así era la vida antes.

Nosotras con mi hermana Carmen, que fuimos las más agallás, fuimos también amansadoras de caballares. Nosotras sembrábamos muchas hectáreas, estábamos segando dos meses a veces. No se sembraban muchos potreros, sino las lluvias. Es muy linda la cordillera yo no tengo en cuenta cuantos años fui. Me envejecí con el ganado p'allá y p'acá.

YO SOY FERNANDO DEL RÍO VARELA

Por Rodrigo Iribarren Avilés



Fernando del Río Varela. Archivo Museo Histórico Gabriel González Videla

Mi familia

Yo soy Fernando del Río Varela, parte de una familia muy numerosa de aquí de La Serena. Mis abuelos paternos vivían aquí en calle Matta número 471, acá al lado del museo. Una familia de 18 hermanos, la familia Del Río Rondanelli, de los cuales 17 llegaron a la edad adulta.



Hay cosas que yo podría destacar es que era una familia que además de ser católica, era muy cristiana y muy solidarios con la gente. Me recuerdo que mi padre me contaba que en el tiempo cuando vino la crisis salitrera por allí como el año 30, hubo mucha gente que era originaria de esta zona, del sur y de la zona central de Chile, que tuvieron que caminar por el desierto cuando quedaron cesantes. Entonces me contaba mi padre que en algunos pueblos o ciudades del Norte Chico, a esta gente los recibieron de muy mala forma, e incluso, las autoridades autorizaron a la gente para que se armara, porque venían estas bestias saqueando las casas. ¡En realidad venían hambrientos! Como usted sabe, la gente en ese tiempo no tenía dinero, la mayoría de las cosas las compraban con fichas en las oficinas salitreras. Entonces no tenían plata para devolverse a sus tierras de origen.

Entonces cuando llegó a los oídos de mi abuelo y de mi abuela este asunto, mi abuela se organizó con otras personas aquí en La Serena para recibirlos con comida a través de una especie de "olla del pobre" y además otorgarles albergue. Eso lo supe casi al final de la vida de mis padres.

Mi enseñanza

La subida de calle Cordovez entre Cienfuegos y Vicuña era conocida como la subida de los Jenkins. A la vuelta por calle Vicuña, había un colegio que se llamaba San José. Pertenecía a la señorita Clementina Zepeda. Era como un kindergarden, pero tenía preparatoria. Allí aprendí a leer. La señorita Clementina era profesora normalista. En ese colegio estudió la generación de mi mamá, por ejemplo mis tíos, los hermanos menores de mi mamá, también estudiaron allí. Era un muy buen colegio particular. En ese tiempo, al final de la calle Cordovez, al llegar a Benavente actual, había todavía unos caserones antiguos, donde se trasladó posteriormente el colegio San José. En ese sector después se construyó el Liceo de Niñas. Había otra vieja casona muy próxima también, que tenía un gran pino, pertenecía a doña Nicolasa Barraza de Sagüez. Del San José me fui a estudiar al Seminario.



Familia del Río Rondonelli. Arriba de izquierda a derecha Alberto (papá de Fernando), Emma; Aurelio, Estela, José Luis, Inés y Juan. Segunda fila: Rosa, María, Estela Rondonelli, Aurelio del Río Nogueira, Olga y Enrique. Tercera fila (niños): de pie Eugenia, Carlos y Mónica. Sentados: Patricio, Teresa y Carmen. Fotografía: archivo familia Del Río Varela.

Yo estudié varios años en el Seminario de La Serena. Los curas alemanes del Seminario se fueron a Santiago, el año 1939, cuando comenzó la Segunda Guerra Mundial (se fueron en 1936). Parece que a la sazón estaba José María Caro como arzobispo de La Serena. No se llevaban bien con el obispo Caro. Entonces el colegio quedó en manos de los clérigos (sacerdotes diocesanos), es decir, en manos del arzobispado. Quienes conducían el colegio eran clérigos. Nosotros no le decíamos padres, le decíamos señor. Me acuerdo del señor Olivares, del señor Valle (que después sería obispo de Iquique), del señor Arcadio Galleguillos. Yo entré al Seminario, a quinta de preparatoria, el año 46. El 48 llegaron los de la congregación Barnabita. En el tiempo que estaban los clérigos chilenos se llamaba Seminario Conciliar San Luis de Gonzaga. Como el patrono de los Barnabitas era San Antonio María Zaccaria, el colegio comenzó a llamarse solo Seminario. Así a secas.

Me recuerdo bien de algunas anécdotas, como cuando a los alumnos internos les llegaban cartas desde sus casas, los Barnabitas les entregaban dichas cartas abiertas a los alumnos. Pero hubo un apoderado que se quejó ante el arzobispado, y entonces el arzobispo don Alfredo Cifuentes Gómez, les dijo que acá en Chile eso era un delito. Fueron cinco los curas Barnabitas que llegaron inicialmente, seis con el hermano Martino Zoia. “Mocho” le decían al hermano que estaba a cargo de la cocina. El padre rector era el padre (Pietro) Bianchi. Estaban también los padres (Zaccaria) Penati, (Ricardo) Frigerio, (Felice) Fagetti, (Antonio) Langé. En otras lanchadas después llegaron: Fornabaio (Nicola), Visigalli (Pietro), Baderna (Lorenzo).

ENTRE-VISTAS #2

Yo en un año anduve mal en el colegio y mis padres me mandaron a estudiar a Santiago. Estuve en el Patrocinio de San José, pero no soporté el encierro, ya que en el Patrocinio solo se salía una vez al año, en época de vacaciones. Así que llegué de vuelta al Seminario. Al Patrocinio llegaban muchos alumnos del San Ignacio, de los padres alemanes, a quienes les iba mal en sus respectivos establecimientos. Alumnos de provincia por diferentes motivos también llegaban allí. Lo que me llamó la atención, es que siendo el Seminario, un colegio privado, particular, allí no había diferencias de clases sociales. Para nosotros todos los compañeros del colegio eran amigos y no preguntaban a qué clase u origen uno pertenecía. Éramos todos iguales. En Santiago, me llamó inmediatamente la atención que había una discriminación entre los propios alumnos. Una de las cosas que no me gustó de ese colegio.

Acá en La Serena, en el Seminario y el Liceo de Hombres, que eran los dos colegios de hombres en que había de secundaria, no había malas relaciones. Por ejemplo los días sábado, nosotros íbamos revisando las casas donde había música, donde había alguna fiesta, porque siempre el quinto año de humanidades hacía una gira de estudios, por lo que siempre se hacían malones para financiar esas giras de estudios. Y nos íbamos juntos los alumnos del Seminario, los del Liceo, y los de la Escuela de Minas también.

Nuestras diversiones

Así nos divertíamos en ese tiempo. Veníamos a la plaza de armas, tres veces por semana, sábados y domingos y otro día más, pero no recuerdo si era martes o miércoles. Venía la banda del regimiento a tocar al kiosco de la plaza. Tocaba música popular y al final terminaba con una tonada o una cueca. Entonces cuando la escuchábamos sabíamos que iba a terminar la retreta. Y después nos dábamos una vuelta en la plaza así como una trilla. Pero las mujeres para un lado y los hombres para el otro. Entonces cuando uno quería encontrarse con una chiquilla, nos poníamos de frente, en el lado de los hombres y después para poder conversar con ella, nos cambiábamos a la fila de las

mujeres. En el círculo más central había escaños por todo el borde del paseo. Había gente que solo se sentaba allí, pero no se paseaba, por esta calle principal.

Había una cierta segregación, ya que la gente que se paseaba por la parte más central de la plaza, era más de clase media, mientras los que se paseaban por el exterior, era gente más humilde. Terminada la retreta, se retiraban todos los grupos y era como una procesión. Ese paseo era en la plaza y también en la calle Cordovez. A algunos que no les gustaba pasear por la plaza, lo hacían por esta calle principal.



ENTRE-VISTAS #2

En la plaza, en un sector céntrico, estaba un obelisco, que es el mismo que ahora está en la puerta del cementerio. Este obelisco tenía unas planchas por el costado, haciendo alusión a la gente que había ido a pelear a la Guerra del Pacífico y que pertenecía al Regimiento Coquimbo. Alrededor de este obelisco, había unos prados que ahora no están, porque allí está la pila o fuente que abarca mucho espacio. Había en ese entonces unos jardines encerrados con rejas, los que tenían flores como de colección: había rosas, rosas señoritas, claveles, alelises dobles, alelises simples. Era preciosa la plaza. Yo cuando vine a La Serena posteriormente y ya estaba puesta la fuente actual y se habían hecho los cambios la plaza se me ocurría un potrero!



El kiosco antiguo de la plaza estaba más adentro del actual, era una estructura metálica con madera, tenía una escalera larga, quedaba cerca del centro de la plaza, cerca también del obelisco. Después echaron abajo este kiosco y construyeron el otro. Se hablaba mucho en ese tiempo de que las rejas existentes en el interior de la plaza y que servían de límites a los jardines, habían sido traídas del Perú, en fecha posterior a la guerra, como también unos escaños que estuvieron en la parte de afuera de la plaza - que no son como esos que están ahora - habrían sido del mismo origen.

Se hacían también las fiestas de la primavera. Para estas fiestas se elegían reinas. Sabe que yo me acuerdo que para el cuarto centenario de La Serena, eligieron reina a la Ana María Mery Cuevas. Hubo también otra mujer muy hermosa que después fue reina de la primavera: Eliana Magdaleno Yáñez, hija de don Marcelino Magdaleno, que era propietario del fundo El Hinojal. Ese fundo había sido de mi bisabuelo Crispulo Varela Aguirre, quien era propietario de varios fundos entre Algarrobito y Vicuña: El Hinojal, Porvenir, Quilacán, La Calera. Pero tenía más fundos. Los fundos llegaron hasta mis abuelos nomás. Mis abuelos Varela se encargaron de perderlo todo. Los perdieron jugando. En la esquina de Prat con Balmaceda, había un edificio donde estaba el Club Sirio Libanés, y en un tiempo parece que había un garito allí. Los parroquianos jugaban un fundo contra otro. Había un señor que era como el croupier de allí donde ellos jugaban, esto mucho antes que yo naciera, pues mi bisabuelo murió el año 28. Dicen que mi bisabuelo Crispulo, como daba los turnos de agua, se levantaba como a las cuatro de la mañana, y cuando le preguntaban que para donde iba, su respuesta era: “Voy a trabajar pa’ Pulido”. Pulido era una especie de croupier del Sirio Libanés. Yo conocí a ese club como Sirio Libanés, pero parece que antes estuvo allí el Club de La Serena. Mi padre era socio del Club de La Serena.

La Serena antes del llamado Plan Serena

Yo me acuerdo perfectamente de La Serena antes del Plan Serena de Gabriel González Videla. Me acuerdo del Barrio Capuchinos, era un mal barrio ya en ese tiempo. Cuando chicos nosotros íbamos a darnos guerrillas con las pandillas de los capuchinos. Eran bravos. Más arriba estaba el fundo San Joaquín, de don Abel Vicuña. Estaba también la hacienda El Pino (donde hoy están las oficinas del Observatorio Las Campanas), que era de una familia Araya. Don Abel Vicuña, dueño del fundo San Joaquín, era casado con doña Berta Araya, cuya familia era propietaria de la hacienda El Pino. Más al sur estaba el fundo El Milagro. En ese tiempo era de una familia Andreu. Dicen que uno de esos Andreu, a quien yo no conocí, murió en la Matanza del Seguro Obrero, en Santiago, cuando bajo el gobierno de Arturo Alessandri Palma, se asesinó a estos nacionalistas.

ENTRE-VISTAS #2

La calle Pedro Pablo Muñoz estaba construida por la parte poniente desde la Alameda (Francisco de Aguirre) hasta Cirujano Videla. (Dicho sea de paso, el Cirujano Videla era tío bisabuelo mío, por parte de mi madre, era hermano de mi bisabuelo Luis Felipe Videla). La casa en que yo vivía (la arrendaba mi papá) en calle Pedro Pablo Muñoz, entre Prat y Brasil -Ahora en esa vereda por el costado del parque no existen casas- era muy bonita. Las casas en esa calle Pedro Pablo Muñoz por el lado oriente, por lo general, eran de un piso, pero las que daban al actual parque Pedro de Valdivia, tenían tres o cuatro. Estas casas tenían una vista maravillosa hacia la bahía, pues el actual parque Pedro de Valdivia no existía y por lo tanto no había árboles. En La Serena de esos años, se intercalaban casas de familias pudientes con otras menos pudientes. En unas de las primeras vivía el Ministro de la Corte don Osvaldo Pacheco y en otra el comandante de Carabineros (Jefe de Zona). Nosotros vivíamos al lado del señor Mackenney, le arrendábamos una casa. El doctor Rubio también vivía en una de esas casas. Casi toda esa cuadra era de don Pedro Mackenney, quien disponía de varias para renta. Dentro de la cuadra, pero en una casa mucho más modesta, vivía doña Aurora Pinto, quien hacía dulces de papaya y esas cosas. Era una mujer muy trabajadora. Muy empeñosa. En la esquina de Pedro Pablo con Prat, había un zapatero remendón. No me acuerdo quienes vivían entre las calles Brasil y Almagro, pero al final vivía don Antonio Lama, quien arrendaba el fundo La Cruz del Molino. Después la familia Del Río Goudie compró ese fundo a Enrique Carvajal.

Había en toda esa cuadra por Pedro Pablo Muñoz, entre Prat y Brasil, solo dos casas más modestas. Las dos terceras partes eran casas muy buenas. Tenían todas ellas una galería con vista a la bahía. Cuando mi padre ya se enteró que las casas de la calle Pedro Pablo Muñoz se iban a demoler, dejó de arrendar allí. Mi papá entonces construyó una casa en Pedro Pablo Muñoz, pero entre Francisco de Aguirre y Juan de Dios Pení. Era una casa muy bonita, estilo californiano. Era una casa con una especie de piedra caliza y con tejas, las que se mandaron hacer a Vicuña. Posteriormente mi padre la vendió y se fue a vivir a Santiago.



*Retrato de Cirujano Videla.
Fotografía: archivo familia Del Río Varela.*

ENTRE-VISTAS #2

En la esquina de Cordovez con Pedro Pablo Muñoz, donde estuvo el Hotel Turismo, y hoy el hotel Francisco de Aguirre, había unas construcciones antiguas donde funcionó el Departamento de Caminos de Vialidad. Allí trabajaba un gran amigo de mi padre, fueron compadres, don Alfonso Díaz Ossa, quien llegó a ser Director Nacional de Vialidad. Continuando por la vereda norte de la calle Cordovez había dos o tres construcciones de dos pisos, con balcones. Después las echaron abajo y construyeron una ampliación del hotel. Eran departamentos que el hotel ponía en arriendo. En uno de ellos vivía una familia Bustamante, que era un matrimonio de profesores. Había un hijo de este matrimonio a quien embromaban muchísimo pues tenía una escoliosis muy notoria. Una vez con un amigo acompañamos a este muchacho Bustamante, que era mucho mayor que nosotros, a Investigaciones que era donde se sacaba el carnet de identidad. Entonces le preguntaron cómo se llamaba y él le dijo Artajerjes Almanzor Bustamante Castillo, y se largaron a reír los de Investigaciones. Nosotros no hallábamos que hacer y él se enfureció y los retó (años después murió en un accidente en el club Radical). Lo que pasa es que era hijo de radicales, y cuando se separó la Iglesia del Estado, empezaron a ponerles nombre que no tuvieran nada que ver con la cosa religiosa. De hecho, yo en Impuestos Internos tuve una compañera que se llamaba Francia. Francia Libre se llamaba. Otra niña se llamaba Argelia. Artajerjes era un personaje muy típico de La Serena de ese entonces. Los fines de semana oficiaba de lineman en los partidos de fútbol. Una vez que estaba jugando La Serena con Coquimbo, rivales de siempre, se preocupó de buscar 11 burros y los echó a correr en la cancha con la camiseta de Coquimbo, ya que los coquimbanos siempre hacían salir gente disfrazada de sacerdotes, de santos y cosas así.

La casa de don Gabriel

Cuando Gabriel González Videla compró esta casa donde está ahora el museo, trajo a su mamá (Teresa Videla) y también a sus hermanas solteras: la “Picha” (Sylvia), que se casaría después con Alfonso Campos Menéndez y a la Rosita que se casaría después con un señor Claro (José Luis Claro Vial) a vivir a la parte de atrás de la casa. La hermana menor era la “Pepa”, Josefina se llamaba. Era muy bonita. Trabajaba en Santiago. Gabriel González y su señora (Rosa Markmann) se fueron a la casa grande, la de dos pisos, la que da a la plaza. Cuando era presidente tenían esa casa. Después la arrendaron a la empresa minera Bethlehem mientras comenzaba el proyecto El Romeral. Posteriormente la señora Teresa vivió en esa casa grande. Las hermanas (Berta y Elvira) Varela Moure fueron sus vecinas. Tenían en algún lugar de La Serena una pastelería. Al fallecimiento de las hermanas, la casa se comenzó a arrendar, en alguna época allí funcionó INDAP.



ENTRE-VISTAS #2

La Serena en aquella época de Gabriel González, era una ciudad dominada generalmente por los radicales. Cuando se supo que había sido elegido Presidente de Chile, yo estaba jugando en la plazoleta de Santo Domingo - frente de su casa y actual Museo Histórico GGV por calle Cordovez- con mi amigo, el gringo Collins, cuyo papá trabajaba en Coquimbo. Ya en la noche de ese día se formó una fila de gente desde la puerta por calle Cordovez - por donde se entraba a la casa de doña Teresa - la madre del Presidente, hasta el correo, en la esquina de Matta y Prat, como una cuadra y media de gente. Estaba allí todo el partido comunista para darle el abrazo a doña Teresa. Doña Teresa era una persona muy quitada de bulla en materia política. Era muy amiga de mi abuela, la madre de mi papá: Estela Rondanelli Martí. Parece que hacían obras sociales juntas. Mi abuela fue una de las fundadoras de la Sociedad Protectora de la Infancia acá en La Serena.

Yo fui funcionario público. Yo trabajé en Potrerillos, después en el Servicio de Impuestos Internos en varios lugares de Chile (Santiago, Punta Arenas, La Serena). También estuve muchos años en Argentina. Cuando volví, conversamos con mi papá (Alberto del Río Rondanelli) sobre muchas cosas que no hicimos cuando yo era cabro. Le pregunté si a mi abuelita Estela había sido nombrada como la “Madre de Chile”, por allí por los comienzos de los años 50, por sus 18 hijos. Me dijo ¡No! Fue por su preocupación por los pobres, por esas cosas.

Me contó también que en los tiempos que era Presidente de Chile Arturo Alessandri (En su segundo período), llegó Gabriel González Videla con un grupo de obreros frente a la Moneda, y que empezó a gritar hacia adentro: “Con palas y picotas vamos a sacar a este burgués de la Moneda”. Era totalmente revolucionario en esa época. Hubo una época en que yo tomé una posición bastante solidaria, en Potrerillos vi muchas cosas, entonces me acerqué a una corriente política: el partido comunista. Después me di cuenta que era una utopía demasiado difícil de alcanzar. Pero ahora ya no lo soy.

CONVERSACIONES CON OTILIA ESPEJO

Por Rodrigo Iribarren Avilés



Otilia Espejo. Fotografía: Rodrigo Iribarren Avilés.

ENTRE-VISTAS #2

Mire eso de dónde yo nací, no sé. ¡No sé dónde! A mi mamá tampoco la conocí yo. Pero mi mamá era de aquí del río Claro. Debo tener unos 99 años. Algo por allí. Yo me acuerdo cuando me fueron a inscribir a la oficina. Mire como me acuerdo, debo haber tenido como diez años.

Como a los 15 años comencé a salir con el ganado. A mí me crió una madrastra y mi papá. Ellos me criaron. Ellos tenían cabritas. Entonces allí yo aprendí a sacar leche, hacer queso, todas esas cosas. Yo trabajé con ganado ajeno, me iba a la cordillera con ganado ajeno. Me pagaban, poco sí ¡poco me pagaban en esos tiempos! Yo tenía como 15 años. Como a los 15 años sali de la casa y empecé a trabajar por fuera, con ganado. A veces los vecinos me buscaban para lavar, para hacer harina, pelar majado, pa'muchas cosas ¡así me crié yo caballero!

Yo iba con los dueños del ganado a la cordillera del Bosque, a una parte donde se llama El Viento, otra donde se llama Venado, otra donde se llama Rapel. A esas partes. Yo no pasé para el lado argentino. A este lado nomás. En noviembre nos íbamos a la cordillera. A veces la salida era en abril. Muchas lluvias, nevadas, ventarrones grandes, nos pasaron en la cordillera. Estábamos acostumbradas a recibir lluvias, nevadas pocas, en la cordillera.

En la mañana tomábamos desayuno y después salíamos a pastorear guatones, y otros al cerro a bajar las cabras pa' la leche. Llegábamos del pastoreo y encerrábamos los guatones. Llegaban las cabras y empezábamos a sacar la leche. Después se largaban las cabras y se empezaban a hacer los quesos. Y en la tarde como las cabras a veces no bajaban del cerro, había que ir a bajarlas.



Estancia El Arrayán, Posesión El Algarrobo



Otilia Espejo con uno de sus hijos

ENTRE-VISTAS #2

Yo me crie con animales. Toda mi vida ha sido con cabras. Yo estoy feliz donde están las cabras. Yo no bajo a Vicuña, porque allá me enfermo. Y me vengo al cerro, acá con mis niños, mis compañeros y soy feliz. Ni me enfermo. A mí no me gusta ir a los hospitales, no me gusta ver un doctor. Cuando estábamos en la cordillera, tomábamos montes, montes de cordillera nomás. Con decirle que casi nunca nos enfermábamos. A veces dolores de cabeza, dolores pasajeros nomás. Usábamos el macabeo para el estómago y el romerillo para el frío. La yerba santa que es también para el estómago, el poleo de cordillera. El natre les hace mal a las cabras, y más cuando las cordilleras están malas.

Yo fui casada. Conocí a mi marido en una maja' donde andábamos con las cabras. Yo trabajaba con cabras y él también. Lo buscaban como trabajador para el ganado. Yo tuve con él 9 hijos. Tuve como 5 en el campo. En el campo donde estábamos con el ganado. Buscábamos una señora que nos atendiera. Yo no tenía mis niños en una cama. Ponían un cordel donde me tomaba así, de pie. Le llamaban cimbra. Ponían en el suelo trapitos para recibirlo. La señora que me estaba atendiendo cortaba el cordón. Me quedaba en la majada. Como había animales, había que sacar la leche, hacer los quesos, a los cuatro días ya estaba en eso.

Yo no teji a telar en la cordillera, pero sí hilaba lana de oveja. Cuantas veces también hilé lana de guanaco. Pillaban guanacos, se los comían o hacían charqui.

Aquí en El Pangue teníamos un ganado bien grande y hacíamos quesos. Teníamos como 300 cabras, se hacían hasta 9 quesos. Quesos grandes. ¡Una vida he estado con las cabras!



Otilia Espejo en su casa. Fotografía: Rodrigo Iribarren Avilés.

SEMBLANZAS DE CARLOS CARVAJAL MIRANDA

Por Pablo Schauffhauser Muñoz [1]



Caricatura de Carlos Carvajal Miranda con los planos de la ciudad modelo en que quería convertir Santiago.

ENTRE-VISTAS #2

Durante su vida varios personajes nacidos en el norte chico a fines del siglo XIX, tuvieron importante actuación pública poco conocida en la región, uno de estos es Carlos Carvajal Miranda, nacido en Freirina el 1° de Enero de 1873, hijo de los serenenses Luis Santiago Carvajal Contador [2] y de Camila Miranda Munizaga. Hizo sus primeros estudios en La Serena, ingresó en 1884 a la Escuela Naval con 14 años, egresando como Guardia Marino en 1890. Después de la Revolución de 1891, fue incorporado como oficial de Ingenieros Militares. En 1896 se tituló como Ingeniero Civil (En esos tiempos también seguían cursos que los capacitaban como Arquitectos). Prestó servicios en la Comisión de Límites con Argentina en 1902.



Fotografía de la Comisión de Límites con Argentina presidida por don Diego Barros Arana el tercero sentado de izquierda a derecha. De pie el primero a la derecha es Carlos Carvajal Miranda.

[1] Miembro de la Sociedad Chilena de Historia y Geografía, del Instituto Chileno de Investigación Genealógicas y otras similares en el exterior, del Instituto O'Higiniano, autor de diversos trabajos históricos genealógicos, coautor en libros y autor reciente del libro "Reminiscencias Iconográficas".

[2] Luis Santiago Carvajal Contador, nacido en La Serena, estudió en el Liceo de esta ciudad y después derecho en la Universidad de Chile, fue Diputado Suplente por Llanquihue 1885-1888 actuó en la Comisión Permanente de Guerra y Marina.

ENTRE-VISTAS #2

Después pasó a la Dirección de Obras públicas, donde fue Director General de Arquitectura. Se retiró de la Administración Pública en 1915, para dedicarse al estudio y ejecución de la urbanización y ordenamiento vial de las ciudades y la construcción de viviendas dignas y baratas para la clase obrera. En 1910, año del centenario, fue el autor de un proyecto que llamó “La Ciudad Lineal del Centenario”, que si se hubiera llevado a efecto, habría dejado a Santiago como París, con amplias avenidas, con diagonales desde el casco histórico para facilitar su conexión con los barrios, cosa que en ese tiempo estaban efectuando en Buenos Aires.



Imagen del proyecto para la intervención de la intersección de la Alameda con Avenida Brasil (Santiago de Chile).

En una nota publicada de la Biblioteca Fundamentos de la Construcción en Chile en INTERNET en parte dice lo siguiente con respecto a Carlos Carvajal: “Fue un profesional que dedicó una buena parte de su vida al impulso y mejoramiento de materias relacionadas con la habitación y el urbanismo. Desde esa posición se transformó en una persona que influyó en las propuestas de su tiempo sobre esa materia siendo además autor de ideas que propuso el plan de transformación de Santiago en 1912. En este marco fue el pionero en el debate urbanístico de Chile, ya que cuatro años antes en el marco del Primer Congreso Científico Panamericano, había sostenido las bondades que traería para Santiago la aplicación del plan de Ciudad Lineal del español de Antonio Soria y Mata. Fue a partir de este impulso e incitado por el Congreso Científico Panamericano de 1908 que escribió la obra “Arquitectura racional de las futuras ciudades como solución práctica del problema de la habitación barata al alcance de todas las fortunas”.

Participó en diversos proyectos viales, como la construcción de la plaza y avenida Bulnes, que complementaron la fachada sur del Palacio de La Moneda que fue construida en 1930.

En un artículo publicado en el Mercurio el 3 de agosto del 2003 titulado “El Santiago de 2010 fue visualizado en 1910”, una publicación de un estudio catalán de Antoni Borrás, que destaca entre los cinco pioneros urbanos del siglo XX, al francés Le Corbusier, Lucio Costa de Brasil, Arturo Soria de España, Lloyd Wright de Estados Unidos y Carlos Carvajal en Chile.

Sus ideas fueron publicadas en la revista española “Ciudad Lineal” entre 1912 a 1928. El artículo del Mercurio lamenta que desgraciadamente no se efectuaran sus proyectos que fueron muy destacados en la revista Zig-Zag N° 398 de 1912, como así mismo en la revista “Arte y Arquitectura” de 1928, en un artículo titulado: “Carlos Carvajal Miranda la transformación de Santiago”

Fue integrante de varias instituciones sobre la materia, entre sus numerosas obras viales se encuentra la Diagonal Paraguay que enlaza la Av. Bernardo O’Higgins con Vicuña Mackenna antes de llegar a la Universidad Católica, construida varios años después de su fallecimiento.



*fotografía de Carlos Carvajal Miranda junto a su esposa
María Luisa Muñoz Rodríguez*

Don Carlos contrajo matrimonio en Santiago el 5 de Junio de 1900 con doña María Luisa Muñoz Rodríguez hija de Juan Muñoz Godoy [3] y Carlota Rodríguez Pizarro. Fueron padres de:

- 1.- Carlos Carvajal Muñoz, Médico casó con Margarita Hoshstetter con descendencia.
- 2.- María Luisa Carvajal Muñoz casó con Tomás Romero Hodges, abogado, con descendencia .
- 3.- Violeta Carvajal Muñoz, casó con Federico Steeger, nacido en Suiza, empresario hotelero, con descendencia.
- 4.- Olga Carvajal Muñoz, casó con Luis Ilabaca León, médico, sin descendencia.
- 5.- Aída Carvajal Muñoz, casó con Daniel Herrera Carvallo, con descendencia.
- 6.- Elsa Carvajal Muñoz, casó con Onofre Avendaño Portius, médico, con descendencia.
- 7.- Juan Luis Carvajal Muñoz, arquitecto, casó con Hortensia Ramírez Ortúzar, con descendencia.
- 8.- Alicia Carvajal Muñoz, casó con Guillermo Geisse Varas, ingeniero, con descendencia.

Quien ha escrito esta semblanza tiene un recuerdo de la infancia de haber conocido a don Carlos por 1944 que era casado con la hermana de mi abuelo materno, haber visto a un señor muy afable de barba blanca en su casa de veraneo en Cartagena, esta casa me impresionó mucho por un detalle que en ese momento lo encontré asombroso, la casa estaba en un cerro como las de Valparaíso, con una fachada de un piso, sin embargo adentro tenía dos pisos más abajo que no se veían desde la calle, seguramente la parte de atrás daba a una quebrada, la cocina estaba en el piso de más abajo por lo tanto lo platos de comida se subían al comedor a través de un monta carga, lo que para mí muy chico fue algo sorprendente y me ha quedado grabado hasta el presente.

Carlos Carvajal Miranda falleció en 1950.

[3] Juan Muñoz Godoy nacido en La Serena en 1826 junto a su hermano Pedro Pablo Muñoz Godoy participaron en las revoluciones de 1851 y 1859, posteriormente trabajó junto a su hermano en la explotación de las minas de cobre de La Higuera de su familia, dueño de varios predios agrícolas en la zona. Mayores antecedentes en el artículo publicado en la Revista de Estudios Histórico del Instituto Chileno de Investigaciones Genealógicas N° 42 titulado "Los Ramos de Torres y descendencia del matrimonio de Juan Páez y Torres y Eugenia Ossandón Castro" del autor de este trabajo.

ENTRE-VISTAS #2

Editor

Rodrigo Iribarren Avilés

Diseño y diagramación

Francisca Colina Aguirre
Bárbara Montecinos Loyola

Portada

Integrantes de Baile Chino en la fiesta de Andacollo.
Fotografía de Ricardo General Núñez.

Información

Museo Histórico Gabriel González Videla.
Dirección: Matta 495, La Serena, Chile.
Tel: +56512562572
E-mail: museo.ggv@museoschile.gob.cl
<https://www.museohistoricolaserena.gob.cl/>



ENTRE-VISTA

REVISTA CUATRIMESTRAL DE
ARTE Y CULTURA

2

Marzo 2024

ENTRE-VISTA

REVISTA CUATRIMESTRAL
DE ARTE Y CULTURA



MUSEO HISTÓRICO PRESIDENTE
GABRIEL GONZÁLEZ VIDELA